

Entrevista de "MILLANTUN"

"Me agrada en la novela la exaltación de los tipos fuertes",

nos dice Domingo Melfi, Director de "La Nación" y de "Atenea"

Domingo Melfi, es uno de los más serios y densos intelectuales que ejercen el heroísmo de la crítica literaria. Forjado en las disciplinas de una severa y amplia cultura, enraizado en la dramática realidad de que circunda al Hombre responsable del destino social, ha revelado, constantemente, rutas y agudos diagnósticos sobre la tragedia social del escritor que no quiere comprender que "el tiempo lo ordena tomar parte activa en el drama que vive su país o su época" sobre el porvenir de nuestra nacionalidad. Así, expresando esta tarea vocativa surgen, como hitos conductores, en nuestra Literatura Ensayos y Críticas, tales como "Literatura Chilena", "Indecisión y desengaño de la juventud," "Dictadura y Mensadumbre," etc.

Su pseudónimo, Julián Sorel, ha estado ejerciendo la cátedra más abnegada y menos comprendida, la de censor, la de fustigador de nuestros errores, vicios y debilidades, desde las páginas de la Revista "Atenea"—de la cual es Director durante muchos años—como también desde las columnas de "La Nación," donde tiene, a su vez, la responsabilidad de su dirección y encauzamiento

Domingo Melfi que ha sabido expresar elocuentemente el drama del escritor moderno que quiera entrar en el alma del pueblo con los resortes que le facilitó la sensibilidad burguesa, que aspira a ser un entendido por las masas, en las que no cree, pero de cuya existencia está seguro," el oportuno y valiente ensayista, requerido por "MILLANTUN" para que contestara a nuestro interrogatorio, lo que hace con toda gentileza y agrado. Ubicado en una

de las Sales de la Biblioteca Nacional, mientras ronda en torno nuestro la colmena de una juventud ávida de cultura y saber, nos contesta lo siguiente:

—¿Qué juicio le merece el actual desarrollo de la Literatura chilena?

—Me interesa especialmente referirme a la novela, en esta oportunidad, en que el Director de "MILLANTUN" solicita de mí algunas opiniones. La novela es lo que está más cerca de todos, lo que de más carácter y más sentido a una literatura. Por lo menos en ella podemos encontrar respuesta a muchas interrogaciones y descubrir al mismo tiempo reacciones profundas y milagros magníficos de vida.

—¿Cuál es la novela de su agrado?

—A mí personalmente me agrada más en la novela, la exaltación de los tipos fuertes, de los trinfadores. Me desagrada la novela pesimista, destructora de la energía colectiva y sometida a los reactivos desagradables de la personalidad del autor. Es difícil encontrar novelas chilenas que exalten la vida humana y promuevan una saludable reacción en el apocado lector chileno que se ha tragado, durante muchos lustros, esta ficción novelesca. No es la primera vez que digo esto. Creo haberlo formulado centenares de veces, y la primera vez que lo escribí fué a propósito de una novela regional hace muchos años, cuando vivía en una provincia sorbiendo allí, por dosis muy mínimas, puesto que me defendí bastante, el veneno invisible de este pesimismo que tanto daño ha causado a la vida chilena.

—¿Cómo concibe Ud. la novela?

—No quiero poner la novela en un mar-

co determinado. No es que piense que la novela debe ser un documento especialísimo de optimismo. Nó. Lejos de mí semejante pretensión. Es que uno piensa con terror que en una novelística que sólo tiene pasión por las vidas derrotadas o por los ambientes malsanos o por los sujetos en decadencia. Le advierto que tiro lejos los libros que glorifican la derrota o que la sugieren en la miseria moral de sus personajes. Nada digo de la perfección técnica ni del estilo. Eso es cuestión aparte. En estos pueblos roídos por tantas lepras, hace falta darle al lector algún estímulo, alguna fuerza derivada de la pintura de algunos personajes superiores al medio. Es cierto que cuesta menos escribir la apología del descontento o de la derrota que la del triunfo o de la energía humana. Es más fácil describir tipos lisiados, deformes o débiles o vacilantes o minúsculos en sus pasiones que pintar sujetos altivos, enérgicos, fuertes, optimistas, vencedores en una palabra.

—¿Y la influencia del medio social en la novela?

—Dicen que el ambiente es así, que todo entre nosotros es pequeño, sucio, sin elevación, sin grandeza, sin robustez ¡Quién sabe! Me parece exagerado todo eso. Yo conozco tipos reales admirables, que vencieron después de luchas denodadas, que batallaron magníficos y soberbios, padeciendo duras penalidades y acabaron dominando. Este proceso, esta trayectoria enérgica es la que yo echo de menos. Y, repito, no es que quiera con exclusividad sólo ésto en la novela, sólo esta pintura de exaltación. No. Lo otro debe también existir. Tiene derecho sobrado a existir. Cada autor hace lo que más está de acuerdo con su temperamento, con sus observaciones personales.

La novela es la que más llega al público. La novela es lo que más fuertemente determina una voluntad en una colectividad. Insensiblemente los lectores asimilan el fon-

do de las obras novelescas. Beben sus lecciones ocultas, sus energías internas, sus misteriosos jugos vitales. ¿Y qué le damos nosotros? Desaliento, amargura. No digo que todas las novelas. Pero sí un gran número.

—¿Piensa publicar alguna obra, próximamente?

—Tengo ya escrito el proceso de la novela chilena. Así como tengo ya, a medio hacer, el proceso de la crítica—uno de los fenómenos más trágicos de la vida intelectual chilena, rastreado a travez de un siglo, en innumerables publicaciones, diarios y revistas que he consultado y consulto pacientemente, casi día a día. No sé cuándo publicaré estos dos ensayos. No tengo prisa. No tengo impaciencia, porque conozco muy de cerca la impaciencia de los otros y sus resultados fatales. Me agrada observar, me gusta este paso lento, un tanto voluptuoso, por las diversas mentalidades, y el conocimiento de la vida. Todo lo humano todo lo que tiene pasión, tormento, voluntad, me gusta, e interiormente lo paladeo con delectación. Creo que daré muy luego a las prensas el segundo volumen de mis ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA

Así, apasionada, sincera y emocionante va desgranándose la charla con este selecto y recio espíritu que es Domingo Melfi. Y reiterándonos que "la soledad conduce al escritor a la desesperación, al pesimismo, a la negación sistemática de los problemas humanos y le dificulta para encontrar el punto sensible de la tragedia del hombre," reclamando para el escritor una actitud ennoblecadora, ya que "debe comenzar por deponer sus odios de gremio, sus vanidades estériles, sus egocentrismos ridículos. Evitar ser un hombre que palmorea la espalda cuando estamos presentes y nos acuchilla cuando no estamos," nos alejamos, agradeciendo las deferencias que ha tenido para nuestra Revista.

J. S. O.

